

ABSOLUCIÓN.*

Ángel González Quesada

Empezaba a ser invierno y nos estábamos amoldando bien al segundo piso. Mamá quiso colocar la colchoneta grande en el rincón más cercano a la escalera y pusimos la mesa al lado. Todavía no lo habíamos visto en ese piso y mi hermana Helga y yo nos sentíamos dichosos: percibí que Papá y Mamá intercambiaban alguna mirada en la que pude adivinar, quizá, alegría. Fue la quinta noche en el segundo piso cuando volvimos a sentirlo: como otras veces: un roce leve en el suelo y luego, poco a poco, asentándose en la oscuridad, su respiración lenta, apenas perceptible en el día pero dolorosamente evidente en la oscuridad: Él había vuelto. Miré durante horas en mitad de la noche un techo que no podía ver; y sabía que todos, Helga, Papá y Mamá, miraban también la oscuridad y apretaban los dientes con rabia. Había vuelto y aunque ninguno dudamos por un momento de ese retorno, el saberlo cierto volvió a agredirnos. Amanecía y, como cada vez que retornaba, nos agitamos en un duermevela silencioso. Mamá se levantó como una señal para que, cansinamente, iniciáramos todos la jornada. Percibí que Él había tomado su posición lejos de la mesa, junto a la puerta del lavabo. No lo mirábamos, no hablábamos de Él: no hubiera sabido decir entonces qué, quién, ni por qué. Sabía que estaba con nosotros, ascendiendo pisos en la casa grande de los abuelos y que nos impedía la risa, el reposo y la confianza. Transcurrían los días vacíos cuando estaba: temerosos y enfermos aguardábamos el tiempo de dormir para mentirnos que lo olvidábamos unas horas. Lo odiábamos incapaces de tocarlo o de matarlo. Parecía tener el cuerpo vendado y siempre estaba como sentado en el suelo, inmóvil, lejos de la mesa, cualquiera que fuese el lugar donde la situásemos, como si nos cediera ese espacio para ser como cuando no estaba: era imposible; nunca podríamos retornar a ser como antes, porque Él estaba o porque iba a estar. Los cuatro o cinco días que tardaba en aparecer, en las primeras mudanzas creíamos ser felices; una felicidad de algún modo prestada, provisional, ajena, pero que hacíamos intensa a fuerza de creer en ella. Yo no salía ni Papá sentía deseos de que lo hiciera. En aquellos pocos días mi hermana Helga correteaba por la casa, dejando oír el campanilleo de su risa que me enloquecía. Sólo aquellos días podía volver un instante a acariciarla con ternura y fugazmente unirme a su cuerpo caliente y reventar en el abrazo toda la intensa felicidad de estar juntos. Papá nos miraba como si quisiera grabar en su mente la imagen de vernos así, felices de puro querer serlo, sin obstáculos y sin urgencias, se volvía hacia Mamá y una sonrisa los unía, una sonrisa recuperada de un tiempo que ya no sé recordar. Los días en que no estaba nos sentábamos en el suelo alrededor de la mesa baja, en el lugar que luego Él nos cedía ya sin valor, y cada comida era un festín. Papá hablaba de la mina en que trabajó y de los hombres que parecieron reconocerlo como el ayudante del comandante Kleist; y de cómo lo mató. Nos narraba con detalle la sospecha y su miedo de que lo relacionaran con Dachau: su explosión de ira y la sangre que la conjuró. Volvíamos a asombrarnos de su aventura y su fuga de los mineros que lo persiguieron por las galerías de agua hasta la posta de la vagoneta de carga, donde consiguió

trepar por la polea del cable y meterse en el ascensor de contrapeso, llegar a la boca y huir. Recordábamos los días que estuvo escondido en la planta baja de la casa grande, entre los dos colchones de la cama de la abuela, mientras ésta agonizaba sumida en un quejido continuo y casi inaudible y un olor tan repulsivo que los registros de la policía nunca llegaron más cerca de ella que cuando miraron bajo la cama. Recordábamos, cuando ya había pasado el tiempo de los registros por sorpresa, que Papá salía de entre los colchones, cada vez con más frecuencia, y Helga y yo nos quedábamos en la puerta entreabierta, mirando por la rendija y escrutando cualquier movimiento en la cancela. Eso fue años antes de que Él apareciera.

La primera vez que lo vimos, de noche, como siempre, Helga encendió la luz que nos despertó a todos. Estaba allí, con sus vendas sucias y húmedas, sin rostro, como sentado junto a la cama de la abuela, con la cabeza baja y respirando trabajosamente. Lo miramos sin sorpresa, reconociéndolo, como si de algún modo lo hubiésemos estado esperando. Mamá apagó la luz en una muda afirmación de la certeza de haberlo visto, de tener ya conciencia de Su presencia, y cada uno de nosotros se sumió en el espanto. Desde entonces, mientras Él estaba en casa, el silencio dominaba el día. Hablábamos poco, lo imprescindible. El miedo crecía hasta que Papá nos transmitía en una mirada lo que hubiéramos podido gritar: vámonos. Irse era subir, porque el terror a abandonar la casa, el terror a ser vistos, había hecho desaparecer en nosotros siquiera la posibilidad de poder hacerlo. Esa mirada de Papá era la constatación de nuestros deseos porque ya Su presencia se había hecho tan insoportable que el terror a pasar por delante de Su cuerpo negruzco era tal que éramos incapaces de acercarnos a la distancia precisa para llegar a otra habitación, dormíamos apiñados en la esquina más alejada de donde estaba y el olor de nuestros excrementos esparcidos por el suelo se hacía insoportable. Pensar en los días que no iba a estar en cuanto ascendiéramos al piso superior se hacía tan deseable que el anuncio de la mudanza era una liberación. Esa noche, cuando ya no hubo luz para verlo, extendimos una manta y depositamos en ella los pocos objetos de la cocina, haciendo un atado que llevó Helga escaleras arriba. Papá llevaba la mesa cargada a la espalda y yo las colchonetas. En la primera huida habíamos dejado todos los muebles y cualquier objeto no imprescindible. Ya en la mudanza del primero al segundo habíamos subido sólo las mismas cosas que nos disponíamos a transportar ahora al tercero. Cuando anocheció y Su respiración se hizo más evidente, salimos al rellano sin mirar atrás; nunca lo hubiéramos podido hacer si Lo hubiésemos visto: escapar sólo así era posible. Ascendí trabajosamente los escalones que conducían al tercer piso de la casona de los abuelos, a oscuras, tropezando contra las paredes y golpeando las colchonetas contra la barandilla, mientras oía a Mamá cerrar la puerta del segundo. Me seguían Helga y Papá. Llegamos al rellano del tercero y Mamá pasó delante para abrir la puerta. Pusimos las colchonetas cerca de la ventana y la mesa al lado de la puerta para evitar que Él se

★

★
Ganador del Primer premio en castellano del "XV Concurso de Cuentos Villa de Rentería 1995", organizado por Ereintza Elkarte.



Fotografía Jean-Christophe Héry (Tulle)

situase junto a la salida. Habíamos aprendido desde la primera ocasión que no debíamos colocar las colchonetas en diferentes cuartos, porque llegaría un día en que no podríamos comunicarnos si Él estaba situado entre nosotros. Por eso colocábamos todo en la primera habitación, junto a la puerta, sabiendo que Él aparecería sentado en el otro extremo y nos obligaría a desear huir hacia arriba.

Helga me sonrió mientras alineaba las cosas de la cocina junto a la pared. Mamá inspeccionaba el lavabo, que conocía bien, pues siempre había vivido en la enorme casona, que fue un tiempo habitada por su familia. Eso había sido antes de morir el abuelo y enfermar la abuela. Poco a poco todos fueron abandonando la casa, vivos o muertos, hasta quedar sólo nosotros y la abuela enferma, instalados en la planta baja con las plantas superiores vacías, las mismas plantas por las que estábamos ascendiendo; la casa donde empezó la angustia oculta por la angustia; donde fue preciso sacrificar a los hijos de nuestro deseo: hijos de Helga y de Mamá: hijos míos o de Papá; muertos al nacer en una repetida ceremonia de asunción de lo que éramos: nosotros solos. Y para seguir siéndolo, durante años fue precisa la ignominia y el crimen convertidos en coartada de estar juntos: ahora lo sé.

Los restos de comida nos parecieron esa noche un manjar, seguros de que el día siguiente Él no estaría. Mirábamos la ventana abierta a las estrellas, riendo como hacía tanto tiempo, tanto como habíamos soportado Su presencia en el segundo piso, casi dos meses, menos que en el primero y mucho menos que en la planta baja. Nuestra huida se producía cada vez antes, ya que Su amenaza, Su intolerable presencia nos golpe-

aba de modo más violento en cada ocasión, y ni el temor a seguir subiendo era suficiente para no hacerlo. Aguantábamos mal las primeras dos o tres semanas, sumidos en el silencio y la desgana, en un creciente deseo de Papá de que yo saliera a proporcionarle lo que necesitaba; y luego Él parecía agrandarse, de modo que cada día teníamos menos espacio, hasta que renunciábamos a movernos en la dirección en que estaba y nos arrinconábamos durante días en el otro extremo de la habitación. Yo tenía que salir cuando Él estaba. Papá me ordenaba de forma incontestable que lo hiciera, cada vez con más frecuencia, a traerle los niños o a arrojar sus cuerpos al río.

Mamá compró comida. El dinero que la abuela guardaba en la casa era suficiente para comprar durante años. Dormimos en medio de la felicidad de estar solos. Al día siguiente, como cada primer día en cada planta, y como si fuese la última ocasión de hacerlo, nos entregamos con lujuria a nuestros cuerpos: rugiendo como animales, liberados de Él y conscientes cada segundo de Su ausencia, abandonamos los instintos al azar y al exceso, supimos que la provisionalidad del tiempo era la totalidad de lo posible, y volvimos a dar sentido a estar juntos, justificando de nuevo la razón de los crímenes, incluso la muerte de la abuela, ya inútil para servir de coartada a la fuga de Papá, y sacrificada por Mamá como si hubiera sido preciso; Mamá, que descargó en ella todo el odio hacia la familia que la había despreciado durante años, cuando sospecharon quién y tal vez cómo era Papá y fueron abandonándola en la casona al cuidado de la pestilente anciana, vengó en cada cuchillada las afrentas, los desprecios y el desdén. Cada golpe fue una reafirmación del amor a su esposo, a Helga y a mí; cada herida en aquel cuerpo menudo y putrefacto fue la confesión de nunca jamás

abandonarnos y un prelude de la eterna complicidad en la muerte y en las muertes, una comunión con lo que Papá era y con lo que éramos Helga y yo. Por eso lo narraba, por eso sabíamos que Mamá estaría siempre a nuestro lado, protectora y atenta, maternal y tan fuerte como cuando ella misma enterró el cuerpo de la abuela en el patio de atrás, negándose a que la ayudáramos para demostrar su valor y, sobre todo, su poder frente a la vida.

Las ventanas permanecían todavía abiertas a pesar del frío, que no nos importaba, porque estar solos, estar juntos nos alejaba de cuantas sensaciones pudiesen distraernos de esa intensa felicidad. Durante los primeros días parecía que no pensáramos en Él, o, quizá, ahora podría decirlo, nuestra febril carrera por las horas tenía su justificación en buscar olvidarlo, aunque fue siempre en vano porque la certeza de Su vuelta estaba tan presente en Su ausencia que parar, detenerse, pensar, nos hubiera conducido a la conciencia de Su existir, y era ése un territorio reservado en nuestro pensamiento para cuando fuese verdad.

Hemos ascendido hasta el piso quinto, el último, y la euforia de los primeros días tiene un rasgo más salvaje: conciencia de que ya no hay otro piso a donde huir, ya no hay escalera ascendente en el rellano y por eso ya no existe la desazón de esperar el momento de escapar, que no era sino miedo a no poder hacerlo: ha llegado el final. Tampoco existe ya el consuelo del umbral de Su presencia, del abandono previo a la desgracia, y el día anterior que no existe porque no hay detrás. En los últimos dos pisos Él había parecido más cercano, más amenazador. Hemos soportado su presencia menos tiempo y en el cuarto piso aguantamos sólo dos semanas. Estoy agotado después de cuatro días en que nos hemos mezclado en orgías de alaridos y de reconocimiento de nuevas sensaciones: la conciencia del final nos ha permitido traspasar las pocas barreras que aún quedaban en nuestro juego; si nunca tuvimos límites, ahora nos hemos reconocido en paraísos de infierno, en cascadas de fuego, en tormentas de saliva y en playas de aban-

dono; hemos agotado la capacidad de asombro vistiendo el propio cuerpo del calor de los otros, sin distinción y sin traba. No salgo los días que Él no está porque así disfruto sin pausa la sensación de ser uno de nosotros, de formar parte de esa naturaleza común que todo lo absuelve. Hemos bebido y fornicado revolcados en nuestros propios excrementos, sin atender quién o cómo, porque sabemos que Él vendrá y ya no podremos huir. Cada bramido de placer es un grito de desesperación y cada explosión del deseo un quejido de angustia. Él vendrá esta noche y no tendrá sentido amedrentarse, porque ya no existe la esperanza. Así que ahora, agotado, adivinando por la ventana la noche, espero en cualquier momento oír el roce de sus vendas y su respiración. Pero ahora sé que Él soy yo, somos nosotros, cada culpa y cada crimen, cada traición y cada deslealtad; ahora sé que soy Él y que mi terror a mirarlo es mi terror a mirarme; y sé que ellos también lo saben: se ven cuando lo ven, están cuando Él está; por eso esta vigilia; a qué temerlo ahora: le pondré nombre en vano: la conciencia de culpa, el temor de asumir la vileza, la ruindad y el desprecio. Su forma es la de tantos: sucios y agonizantes. Hubiera preferido que fuera la muerte, liberadora al fin, pero ya no es posible. Es la imagen de un espejo que vino cuando quisimos ignorarla. No sirve la huida, la desesperación acecha y ni siquiera valdrá conjurarla llenando el tiempo de conciencia de uno mismo: olvidar no es bastante, es preciso también ser inocente: uno es lo que ha hecho, la culpa no es la última como pensábamos, sino cada culpa, una encima de otra, estallando, creciendo: ahí está, lo siento más cercano, sé que me escucha porque aparece cuando estoy conmigo; aparece cuando me vence el dolor de reconocerme: es el paso siguiente, la consecuencia de ser, de estar ahí. Estamos despiertos porque la glacial caída de cada culpa nos impide dormir: gritaría que estamos aquí, que somos nosotros, que todo fue verdad y fue verdad el dolor vertido en esta casa inundada de culpas, pero Él no me deja: ojalá Mamá me mate esta noche: o Helga: ella tendría que hacerlo porque es quien tiene más reciente memoria del candor y la inocencia: pero Él lo impedirá: o quizá lo permita: no sé, ya no me reconozco.